

---

## *Introducción*

Los temores, devociones y rituales en torno de la muerte se remontan a tiempos antiquísimos y se han hecho presentes en las sociedades más diversas; actitudes y prácticas han sido persistentes a lo largo del tiempo, aunque se han ido revistiendo de cambios de acuerdo con el desarrollo social y cultural que presentan dichas sociedades.

En tierras mexicanas existen estudios sumamente documentados acerca de la presencia de un culto prehispánico a los muertos, la creencia en el inframundo y prácticas de enterramiento donde destacaba el tratamiento y atavío del cuerpo, así como la escenificación de rituales para honrar al personaje fallecido y garantizar su paso a “otra vida”.

Estas prácticas fueron adoptadas tanto por los habitantes indígenas como por los nuevos pobladores llegados del viejo mundo y asentados en estas tierras durante los años coloniales; proceso durante el cual la religión y los rituales mortuorios de tipo cristiano se volvieron hegemónicos. Pese a la presencia de la idolatría, la curación mágica y los ritos prehispánicos, los preceptos de la religión cristiana adquirieron gran profusión en estas tierras, y como parte de ello, las nociones del diablo, el infierno y el purgatorio fueron asimiladas gracias a ardua y prolongada labor evangelizadora y episcopal.

Con ello, importantes sectores de esta sociedad colonial adquirieron una clara preocupación por la salvación eterna del alma y por someterse a redimir sus pecados con el fin de enfrentar de manera exitosa el juicio divino. Mediante muestras de fe y la ponderación de creencias católicas se buscaba morir libre de pecados, es decir, en la gracia de Dios. Esta condición se alcanzaba dejando de lado la soberbia, la ambición y la maldad, y, en cambio, mostrarse humilde, generoso, piadoso, obediente y colmado de arrepentimiento; dicha actitud posibilitaría el acceso a la salvación y la vida eterna, gracias a la piedad divina. En pocas palabras, la muerte se convierte en un puente que conecta con la eternidad.

Derivado de lo anterior, los restos mortales del fallecido fueron objeto de rezos y actos de enterramiento que posibilitaran alcanzar la misericordia,

la resurrección y la salvación del alma al ofrecer misas y obras gratas ante los “ojos” de Dios y demás seres celestiales.

Así, la muerte se convirtió en un punto de intersección entre lo terrenal y lo espiritual; dicho trance, al tiempo que era un acto individual y privado, adquirió matices públicos y colectivos donde se manifestaban creencias, valores, rituales y sensibilidades que estructuraban una especie de cultura de la muerte. Este asunto remite no sólo al mundo de los muertos sino también al de los vivos, dando cuenta de las mentalidades y representaciones que los seres humanos realizan de sus actitudes ante la vida, su familia, sus seres cercanos y el espacio mismo donde fincan su existencia.

El fenómeno descrito, por otra parte, desde hace ya varias décadas ha llamado la atención de la disciplina histórica. En torno de las formas de pensar, sentir e imaginar la muerte del hombre en el pasado, trabajos pioneros como los de Michel Vovelle, Pierre Chaunau y Philippe Ariès, son referentes obligados. Los estudios de dichos autores van desde el análisis las ideas y sensibilidades colectivas ante la muerte, ponderando los factores materiales e ideológicos, hasta interpretaciones que consideran que dichas actitudes responden a su conciencia individual y colectiva respecto de la existencia del mal y la sobrevivencia del alma, lo que ha llevado a que los seres humanos construyan topologías sobre la muerte. Dichas interpretaciones se han apoyado tanto en procedimientos cuantitativos, donde el testamento ha jugado un importante papel, como también en enfoques de orden cualitativo, donde el uso de obras literarias, monumentos funerarios o representaciones plásticas son indicadores de tales actitudes mentales.

En lo correspondiente a estudios propios de la historiografía nacional, destacan trabajos de autores como Verónica Zarate Toscano, quien apoyándose en la propuesta de Vovelle sobre el estudio de las serie testamentales, al estudiar lo ocurrido entre mediados del siglo XVIII y la primera parte del XIX, considera que la percepción de la muerte no presentó cambios trascendentales, ya que la nobleza mexicana siguió manifestando su cultura religiosa y deseos de salvación con el fin de prolongar su existencia más allá del mundo terrenal.

En los estudios históricos mexicanos este campo temático ha sido abonado por otros esfuerzos, muchos de ellos provenientes de espacios analíticos de tipo local o regional. Específicamente, este número de *Estudios Jaliscienses* realiza algunos acercamientos al tema en una temporalidad ubicada entre los siglos XVIII y XIX, al analizar las manifestaciones de dicho fenómeno en tres zonas del país: el noroeste, el occidente y el golfo de México.

En este sentido, uno de los textos fija su atención en las actitudes y prácticas ante la muerte asumidas por la sociedad de Xalapa, Veracruz, durante la primera mitad del siglo XVIII. El seguimiento a este proceso se realiza con apoyo en ejemplos ilustrativos de testamentos que aportan una idea general respecto de la muerte en esta región; sobre todo pone atención en las invocaciones de intercesores divinos, las mandas y misas en memoria de seres cercanos y del mismo testador, así como también las modalidades del cortejo, la mortaja, el lugar de enterramiento y los actos de caridad, a la vez que se presta atención al nombramiento de albaceas y herederos. Asimismo, se describen los variados orígenes y situación social de los pobladores de Xalapa que testaron durante esas cinco décadas, quienes confluyen en torno de un objetivo común: salvar su alma, recurriendo sobre todo a la fe y la caridad como mecanismos básicos para obtener la benevolencia divina.

Otra mirada, apoyada también en fuentes testamentarias, presta atención a lo ocurrido en la pequeña zona de Colima, en el occidente mexicano, entre el último cuarto del siglo XVIII y los primeros tres lustros del XIX. El panorama presentado es una sociedad local fuertemente impregnada de la fe y devoción católica que se manifestaban tanto en los espacios públicos como privados. Las procesiones, establecimiento de cofradías y adoración de imágenes santificadas eran prácticas cotidianas de los colimenses.

Este marco de religiosidad impregnó las disposiciones testamentarias elaboradas en esta región, ya que en dichos documentos, junto con su carácter jurídico, aparecía preponderantemente su profundo sentido espiritual, donde resaltan sus encomiendas a Dios, misas y donaciones por el descanso del cuerpo y la salvación del alma, así como un ceremonial mortuario signado por la humildad y la esperanza de alcanzar la gloria eterna. Si bien, la suntuosidad no fue un rasgo de las inhumaciones y el cortejo fúnebre, la cantidad de misas, donaciones a la iglesia y sus santos, así como las disposiciones de sus lugares de enterramiento, daban cuenta de que la conquista o “compra” de la salvación pasaba por matices que emanaban de la diferenciación social existente en tierras colimenses.

Una nueva lectura de las actitudes implícitas en los testamentos se realiza a partir de la lectura de los documentos de este tipo elaborados en Sinaloa a lo largo del siglo XIX. En dicho discurso testamentario es dominante el sentido de piedad y predominan las pautas y liturgias religiosas, las cuales bajan significativamente de tono hacia el último cuarto de dicha centuria. Así, de aquel testamento impregnado por un ritual de salvación, invocaciones de fe y legados piadosos, los testamentos de las elites sinaloenses prestaron más importancia a la distribución de los bienes y riqueza a los herederos;

las misas, donaciones e invocaciones divinas empequeñecieron ante el predominio de los derechos de propiedad, deudas y deudores que deberían atender los herederos; y cuando se manifestaban gestos altruistas, los destinatarios eran en su mayoría instituciones civiles. En fin, se vive la transformación del testamento religioso al testamento laico.

El cierre de los trabajos de este número corresponde a un estudio acerca de este mismo proceso de secularización de la muerte y de los cementerios en la ciudad de Guadalajara, mismo que enfatiza una transformación en torno de la sepultura y la muerte, más ligada a los procesos de transformación urbana, laicidad en la vida social y una preocupación creciente por la salud pública. Lo anterior se opone a las anteriores costumbres de sepultura influenciada por ideas eclesiásticas, para convertirse en ámbito de acción y jurisprudencia de las autoridades e instituciones políticas y civiles.

Tal aspecto formó parte de una cadena de acciones derivadas del pensamiento liberal, puesto que durante la segunda mitad del XIX, a la vez que el Estado se apropió del registro funerario fomentó la edificación de cementerios civiles y controló el cobro de los servicios funerarios. Lo anterior auspició también una modificación arquitectónica de Guadalajara, pero también la emergencia de nuevas actitudes sociales ante el acto de morir.

El cementerio civil se hizo presente y la administración de todo el proceso de sepultura dejó de estar en manos del clero, debido a que las autoridades y poderes públicos fijaron las nuevas reglas en materia de enterramiento. Una sociedad y una élite moderna tenía una nueva lectura de los actos de morir y los espacios destinados al sepulcro.

En fin, los cuatro ensayos reunidos en este número son reflexiones de la muerte en espacios regionales que vivieron fuertemente impregnados por un sistema social de creencias y prácticas culturales cuyo epicentro era la religión católica, como serían los casos de Xalapa y Colima (estudiados durante todo el siglo XVIII y en los albores del XIX), para pasar después a experimentar un proceso de secularización de la muerte y sus recintos a medida que se acercaba el fin de dicha centuria, como sucedió en los ejemplos de Sinaloa y Jalisco. Estos cuatro casos hablan de un sistema de creencias y valores culturales que, pese a su larga y prolongada presencia, sufren cambios que conducen a nuevas representaciones del morir.

Samuel Octavio Ojeda Gastélum